

---

## ■ La globalización, el ambiente y los errores heredados del pasado

*Aída Teresa Segovia Peñúñuri*<sup>1</sup>

### Resumen

Este ensayo ofrece algunas reflexiones sobre el papel que las grandes corporaciones internacionales desempeñan en el nuevo orden económico globalizador; asimismo, se mencionan algunas de las posibles consecuencias en los estilos de gobernanza que se disponen a seguir países como los nuestros, condicionados por este nuevo papel de las corporaciones, y cuyos efectos se habrán de sentir en sus habitantes y en el medio ambiente.

*Palabras clave:* corporación y gobernanza.

### Abstract

This essay offers some thinking on the new role that international corporations are playing in the new global economic order, and some of the possible consequences that this new order will carry on the kind of governance that are trying to follow underdeveloped countries like ours, while these countries have been conditioned by the large corporations and whose effects will be carried on people and environment.

*Key words:* corporation and governance

---

1. La autora es profesora investigadora de la Universidad de Guadalajara, México. Cualquier comentario relacionado con este trabajo se recibirá en: atdeleon\_99@yahoo.com.

## Introducción

¿Por qué las cosas han salido tan mal? ¿En qué momento nuestros sueños se transformaron en pesadillas? En 1966 Kenneth Boulding en su ensayo “The Economics of the Coming Spaceship Hearth”, sugiere la idea de que la raíz de nuestros problemas se encuentra en que vivimos al estilo de los “cowboys” del lejano oeste, que tenían fronteras de expansión prácticamente ilimitadas, cuando en realidad nuestro planeta nos obliga a vivir como astronautas en su nave espacial, donde el soporte de la vida dentro de la nave depende de un delicado equilibrio.

Las sociedades modernas son prácticamente economías de “cowboys” viviendo en un planeta que se parece a una nave espacial. Este estilo de vida tiene trágicas consecuencias:

1. Agotamiento de los sistemas de soporte de la vida del planeta, lo que está resultando en un decremento de la actividad humana que estos sistemas sostienen.
2. Generan una intensa competencia entre los tripulantes fuertes y los débiles, por un cada vez más decreciente número de recursos que soportan la vida del planeta y los servicios que éste brinda, resultando con ello que algunos de los tripulantes queden privados de los recursos que son su sustento básico, generándose tensiones sociales y la erosión de las estructuras de gobierno. El resultado de ello es inquietud social y violencia.

Para entender estas tensiones es conveniente encarar una realidad básica: nosotros en el pasado pudimos vivir en un sistema de “cowboys” sin fronteras —el cual debemos dejar atrás— y debemos comenzar a vivir como si nuestro planeta fuera una nave espacial con recursos limitados. Nuestra vida depende de ese sistema de soporte de la vida del mundo natural, el cual hemos comenzado a agotar.

En nuestro estilo actual de vida, mantenemos separados la explotación de los recursos del planeta de la intrincada red de relaciones sociales que no están basadas en el mercado, y hemos supuesto que de las relaciones de mercado dependen los fundamentos de la civilización humana. Ello ha sido una consecuencia directa del errado concepto que tenemos de las relaciones de nuestra especie con el sistema natural.

Observando la historia de la humanidad, nos percatamos de que hasta hace pocas décadas la demanda agregada resultante de la actividad económica, colocaba sobre el ecosistema y su capacidad regenerativa y de asimilación de desechos una presión que no rebasaba sus límites; acostumbrados a ello nunca pensamos en estos límites como en un problema serio.

Cuando la industrialización era la causa de que un país se excediera en el uso de algunos de sus recursos, le bastaba con obtener, más allá de sus fronteras, mediante un proceso de colonización, los de otros países. En muchos casos las consecuencias fueron devastadoras para los colonizados, y ello se mencionaba, pero nótese que nunca se hablaba de las funestas consecuencias que muchas veces tienen estas formas de explotación en los sistemas que sustentan la vida del planeta. Ni los colonizadores lo notaban.

Esa es la historia de Europa y sus colonias africanas, asiáticas o americanas. Esa es la historia de industrialización de los Estados Unidos y su expansión hacia el oeste, a expensas de las tribus nativas americanas que habitaron esas tierras, y que además ese país ha repetido al expandir sus dominios hacia la América Latina y el Caribe. Japón, que tiene una muy reciente historia de colonización, se sirve de una sofisticada mezcla de inversión extranjera, ayuda económica y comercio para lograr esa colonización de sus vecinos del sureste Asiático para aprovecharse de sus recursos. Lo mismo hace Corea y Taiwán con Tailandia y Malasia.

Siempre que una pequeña porción del mundo se industrializaba, ésta contaba con fronteras disponibles para su explotación, a través de nuevos asentamientos, comercio o la tradicional colonización. Recordemos que entre 1850 y 1914, las condiciones económicas de la Gran Bretaña impulsaron a nueve millones de sus habitantes (de un total 32 millones) a asentarse en otras partes del mundo, en aquella ocasión en su mayoría en los Estados Unidos.

Pero la era de la colonización con fronteras ilimitadas ha llegado a su fin. La mayoría de estas fronteras ya han sido explotadas a su máximo y las restantes, como Irian Jaya, Indochina, Papúa Nueva Guinea, Siberia y el Amazonas en Brasil lo están siendo de una manera muy intensa por las nuevas corporaciones transnacionales (CTN). Lo notable es que este nuevo tipo de colonialismo, que es ejercido por las CTN, guarda un estrecho parecido con los viejos métodos de colonialismo.

Lo inquietante es que el primer límite ambiental que hemos confrontado no es el de los recursos no renovables como el petróleo o el cobre —como todos esperábamos—, sino el de los recursos renovables, y la habilidad del ambiente para absorber todos los desechos de la actividad económica. Las evidencias de ello están por todos lados: la lluvia ácida que ya ocurre en todo el mundo, el proceso de desertificación que absorbe millones de hectáreas de tierras que alguna vez fueron productivas cada año, la pérdida de bosques tropicales que luego acarrear toneladas de suelo fértil fuera de las plataformas continentales, el abandono de las tierras agrícolas fértiles debido a procesos de

salinización, daños en la capa de ozono, incremento en la atmósfera de gases de efecto invernadero, etcétera.

Existe ahora un gran número de páginas escritas sobre estos problemas, y se ha instalado un ácido debate en torno a ellos, sin embargo todo parece apuntar a que no tenemos otra opción real que la de recrear nuestras instituciones económicas y alinearlas con aquella realidad de un mundo que se agota.

Los países que consumen recursos en mayores cantidades de las que disponen son también los que controlan a la economía internacional. En esta relación de intercambios de recursos, los países desarrollados se aseguran de alcanzar el abasto necesario de recursos para su sistema productivo mediante las importaciones que hacen generalmente a países menos desarrollados y sin prestar atención a las consecuencias en los países exportadores.

Por mencionar un ejemplo, en algunos países “del Sur”, las tierras que se usan para producir alimentos para exportar dejan de estar disponibles para los pobres, de este modo ellos no las cultivan y no generan los recursos que aseguran la satisfacción de sus necesidades básicas. La gente que es desplazada del campo por el sistema agrícola orientado a la exportación, acude a las ciudades sobrepobladas, o se dirige a tierras de más mala calidad con resultados nada alentadores. Cuando estos países pobres importan de los países ricos semillas a cambio de sus recursos naturales, normalmente les son dadas aquellas que las economías más desarrolladas usan para alimentar su ganado. Los pobres pierden en ambos casos.

Esta dinámica es invisible para los consumidores nortños, a quienes las apariencias les señalan que de esta forma de relaciones económicas se benefician también los del Sur porque les permiten alcanzar su satisfacción de recursos alimentarios a costos más baratos que si ellos tuvieran que cosechar esos granos por sí mismos, y en términos teóricos así es como funciona, pero en la práctica, los beneficiarios de los cambios experimentados en las economías exportadoras de alimentos son las corporaciones agrícolas transnacionales, que controlan el comercio de bienes.

Otro aspecto que no es evidente para los “del Norte” es que mientras ellos importan los recursos que no pudieron conseguir de su territorio, exportan al Sur el excedente de sus desechos y basura. Esta práctica revela de manera muy clara la relación existente entre el poder y la asimilación de los costes ambientales.

Consistentemente las fábricas muy agresivas con el ambiente y los sitios donde se deposita la basura contaminante, están localizados en los países del Sur; y dentro de los países desarrollados el patrón se repite, porque en las

cercanías de esos sitios se ubican los vecindarios pobres o de las minorías en desgracia, lo cual pudiéramos usar como “proxy” para medir la distribución geográfica del poder político.

Frecuentemente los ricos —al observar lo anterior— señalan las miserables condiciones ambientales que prefieren los pobres para vivir, y lo toman como prueba para advertir que los pobres se comportan ante los problemas ambientales más irresponsablemente que los mismos ricos.

### *Un nuevo estilo de colonización*

Este tipo de apreciaciones desvía la atención de dos hechos importantes: primero, que la mayoría de los desastres ambientales están en función del tipo de consumo humano, e incuestionablemente los ricos son mayores consumidores que los pobres. Segundo, que aunque es verdad que frecuentemente encontramos a los pobres “pululando” alrededor de tiraderos de basura, fábricas contaminantes u otro tipo de escenario de desastre ecológico, eso no significa que ese tiradero se llenó con su basura, o que ellos son los grandes compradores de los productos de esa fábrica. Tampoco significa que ellos no preferirían vivir en un lugar con un ambiente prístino. Lo que vemos es que esa situación es una consecuencia de las diferencias de ingreso y de poder político, y no una prueba de insuficiente interés o carencia de conciencia ambiental. Ello sólo puede ser evitado con una distribución del poder político y el ingreso más equitativa.

Los ricos —quienes detentan el poder político y económico— tienen buen cuidado de que a su vecindario no se acerque un tiradero de basura o una fábrica contaminante, y la globalización ha ampliado las oportunidades de los ricos para transferir el costo ambiental a los pobres mediante la exportación de basura y de fábricas contaminantes. Para Japón, por ejemplo, esto se ha vuelto una práctica común de sus compañías productoras instaladas en el sudeste asiático, zona que es su mayor recipiente.

Un ejemplo muy representativo del nuevo tipo de colonialismo que la globalización nos ofrece, en el caso de Japón es el de Philippine Associated Smelting and Refining Corporation (PASAR por sus siglas en inglés). Se trata de una planta procesadora de cobre que opera en Filipinas, en la Provincia de Leyte. PASAR, construida y operada por Japón, trabaja en Filipinas con el objetivo de producir cátodos de cobre de muy alta calidad para ser embarcados a ese país.

La planta, que ocupa 400 acres de tierra, fue expropiada por el gobierno Filipino a los residentes locales, produce emisiones de gases y aguas conta-

minadas con altos contenidos de boro, arsénico, metales pesados y sulfuros, compuestos que han dañado los mantos acuíferos que abastecen a la población de los alrededores de agua para consumo humano, ha dañado los bosques y ha incrementado la incidencia de enfermedades pulmonares y respiratorias en las poblaciones locales.

Los hogares, las vidas y la salud de los lugareños han sido sacrificados por PASAR. Estas personas se han vuelto altamente dependientes de los empleos (ocasionales o por contrato) que la planta ofrece, que dicho sea de paso, se trata de trabajos donde los obreros enfrentan muchos peligros. La compañía ha prosperado, la economía ha crecido.

Los japoneses —por su parte— tienen un abasto seguro de cobre sin el costo del deterioro ambiental. La gente de la localidad —los supuestos beneficiarios del proyecto—, en cambio, está enfrentando los peligros para la vida y la salud del deterioro ambiental, y el gobierno de Filipinas se ha quedado con la deuda de pagar por los cuidados de reconstrucción de la infraestructura dañada de la planta. Entre tanto, los japoneses se congratulan a por lo limpio de su entorno ambiental y por haber sido tan generosos con los pobres de Filipinas. Por supuesto, este caso no tiene nada de particular excepto que ha sido documentado, pero hay miles de casos similares que ocurren en todo el mundo como resultado de la realidad colonialista que la economía de la globalización lleva asociada a su avance por el planeta.

## **Gobernanza con estilo corporativo**

Ciertamente hay políticos o intelectuales que defienden esta forma de avance de la globalización argumentando que se equivocan los que critican la contaminación producida por estas actividades económicas, porque de no ser por ellas se estaría privando a los pobres del mundo de esas oportunidades económicas; sin embargo, aunque los sistemas comerciales abiertos pueden ser los abogados del ambiente, con frecuencia trabajan en el sentido opuesto, provocando mayores déficit ambientales a los que tienen menos, para asegurar un superávit ambiental a los que tienen más. Mientras más alejadas de la vista se mantienen esas consecuencias, más se facilita el proceso de colonización.

Lo sobresaliente en estas condiciones es que las corporaciones han emergido como la forma dominante institucional de gobierno; las más grandes, las que han alcanzado virtualmente todos los países en el mundo, exceden en varias ocasiones el tamaño y el poder de los gobiernos de los países donde se hospedan. Cada vez más se nota que es el interés corporativo más que el in-

terés humano el que define las agendas políticas de los Estados y los cuerpos internacionales. Aunque, se debe aclarar, esto ha sucedido como una realidad cuyas implicaciones han transcurrido de manera casi imperceptible y sin mencionarse siquiera.

Esto se ha transformado, poco a poco en un asunto de gobernanza. Inserto en el discurso político sobre el libre mercado y el libre comercio, se aloja un persistente mensaje: el avance del libre mercado es el avance de la democracia. Quienes abogan por el libre mercado, con frecuencia mencionan que éste posee un mecanismo más responsivo y eficiente aun que los procesos electorales, porque en su forma de hacer negocios se encuentran maneras más eficientes y responsivas a las necesidades de las gentes que aquella que ofrecen los ineficientes y negligentes políticos y burócratas.

La lógica es simple: en el libre mercado la gente expresa directamente su soberanía mediante su consumo, expresando lo que ellos valoran, incluso de mejor manera que en una papeleta de votante y, por lo tanto, el libre mercado es la forma más efectiva de definir el interés público... pero en ese argumento se esconde una sórdida trampa: dada la creciente desconfianza en el gobierno, la necesidad de hacer realidad ese mensaje nos devela una ineludible realidad política que nos dice que tanto el mercado como la política son asuntos de gobernanza, de poder y del destino que se les da los recursos de una sociedad.

Reconocer lo anterior nos lleva a otra importante realidad política: en la democracia política cada persona vale por un voto, y en el mercado cada peso o dólar cuenta por un voto, así que cada peso, yen o dólar que posea un individuo pesa como un voto. Si no tienes dinero, tampoco tienes votos. Los mercados están inherentemente inclinados hacia las personas ricas. Aún más importante para el mundo moderno —y menos reconocido— es que los mercados tienen una fuerte inclinación hacia las grandes corporaciones, las cuales son comandadas por los individuos más ricos.

## **El papel de las corporaciones en la nueva democracia**

Mientras más libres son los mercados y más globales, el poder salta de los gobiernos nacionales a las corporaciones globales y los intereses de las corporaciones se alejan más y más de los intereses humanos. Ésta es la nueva realidad institucional de la democracia contemporánea. Las corporaciones viven para perseguir la maximización de sus beneficios, no las aspiraciones colectivas de la sociedad. Están comandadas por una jerarquía de administradores, no por las aspiraciones colectivas de la sociedad.

Las sociedades humanas, durante un buen lapso de nuestra historia, han estado confrontadas con la pregunta de ¿en dónde debería residir el poder, en los ricos o en los pobres? En el presente, encaramos una pregunta más ominosa aún, al grado que su pleno entendimiento debería hacer que ricos y pobres se unan: ¿el poder debe residir en la gente, sin importar las circunstancias financieras, o debe residir en la persona artificial de las corporaciones?

Para poder ganar control sobre nuestro futuro y lograr una relación balanceada con nuestro planeta, tenemos que recuperar el poder que hemos concedido a las corporaciones, y eso es algo que también deben tener presente las universidades públicas. Un paso importante en ello será liberarnos de las ilusiones de las ideologías que legitiman las políticas que dejan a las corporaciones fuera del control de la sociedad.

Es conveniente recordar que los filósofos del libre mercado, cuya “moral” justifica esta nueva forma de injusticia social, negligentemente tratan el tema de la distinción entre los derechos del dinero y los derechos de la gente. De hecho, han igualado la libertad y los derechos de los individuos con los del mercado y los derechos de la propiedad. Llegando aún más lejos, sostienen que la única obligación de los individuos es respetar los contratos y los derechos de propiedad de los demás, llegando así a, efectivamente, liberar a quienes poseen propiedades de toda obligación para con aquellos que no los tienen.

Se hace caso omiso de la realidad de que las relaciones entre ricos y pobres no se basan en la igualdad, y que las instituciones que legitiman la propiedad tienden a acentuar esa desigualdad en las sociedades donde se vive en desigualdad; de ese modo, se legitima y refuerza la pobreza haciéndose ver como si ésta fuera una consecuencia inherente al carácter indolente de los pobres.

Basta con recordar las declaraciones hechas por Lawrence Summer como economista en jefe del Banco Mundial al argumentar que era más eficiente, en términos económicos para los países ricos, enviar sus desechos tóxicos a los países pobres, porque la gente pobre —de cualquier manera— tienen esperanzas de vida menores y menores potenciales de generar riqueza que la gente de los países ricos. O cuando la revista *The Economist* argumenta que es un deber moral de los países ricos exportar sus desechos contaminantes a los países pobres porque ello provee a los pobres de oportunidades económicas que de otra forma no podrían conseguir.

## Conclusión

Esta nueva forma de participación democrática con liderazgo de las corporaciones, nos enfrenta con una realidad que nos pone en riesgo a todos —ricos y pobres— porque el liberalismo corporativo no se trata de crear las condiciones de mercado que, nos dice la teoría, van a resultar en la optimización del interés público. No se trata de ninguna manera del interés público. Se trata, más bien, de defender e institucionalizar los derechos del poder económico y de las condiciones que mejor sirven a los intereses corporativos sin tener presente el interés público, y sin temor a las consecuencias. Se coloca al poder en instituciones que son ciegas a temas de equidad o de balance ambiental. No nos queda más alternativa que rasgar el velo de la ilusión que nos mantiene en un trance cultural autodestructivo y trabajar en re-crear un sistema económico al servicio de la gente y de un planeta que continúe vivo. Por ejemplo: ¿cuál es la responsabilidad de los académicos de las universidades públicas, que nos hemos visto forzados en los últimos años a adoptar modelos educativos llamados de “excelencia” y de “competencias” impuestos por la UNESCO, OCDE, etc. diseñados para formar el tipo de profesionista perfectamente adaptado a las necesidades cambiantes de las corporaciones? La respuesta es, sin duda, que no debemos olvidar que somos académicos de una universidad que tiene, además de los objetivos de “excelencia”, objetivos sociales, y que su existencia se debe a ciudadanos que tienen derechos; entre ellos, el de un ambiente sano.

## Bibliografía

- Boulding, Kenneth (1966), “The Economics of the Coming Spaceship Earth. Mth Philippine Associated Smelting and Refining Corporation (PASAR)”. Versión electrónica: <http://incorporate-guides.com/topics/corporation-philippines.html>. *The Economist*. Fecha de consulta: abril 1994.
- Danley, Jhon R. (1994), *The Role of the Modern Corporation in a Free Society*. Notre Dame IN, University of Notre Dame Press.